



HOMILÍA EN LA SANTA MISA DEL CORPUS CHRISTI S. I. Catedral – 18 de junio de 2017

Queridos hermanos y hermanas:

“Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo” (Jn 6, 51). ¡Qué profundidad la del amor de Dios que le ha llevado a quedarse sacramentalmente presente entre nosotros, bajo las especies del pan y del vino, hasta el final de los tiempos! Agradecemos, de entrada, el amor de Aquél que, *“habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo”* (Jn 13, 1).

Hoy volvemos nuestros ojos a la Sagrada Eucaristía, hacia ese Jesús que -de esto hace ya casi dos mil años- decidió quedarse en el Sagrario para ser nuestro alimento, nuestra fortaleza, para dar sentido a nuestra vida. *“En verdad, en verdad os digo: Si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día”* (Jn 6, 53-54). Cuando el sacerdote pronuncia en el altar las palabras de la consagración -*“tomad y comed todos de Él”*- tiene lugar el mayor misterio, el mayor milagro que se puede dar entre los hombres: el pan y el vino se convierten en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, permaneciendo los signos externos que llamamos las especies sacramentales. La respuesta que se espera de nosotros ante esta maravilla no puede ser otra que la adoración. Y, junto con la adoración, un deseo muy grande de comulgar, que es nuestra incorporación a Cristo y a su vida de entrega.

Tanto en la Misa como cuando miramos la Sagrada Eucaristía expuesta en la custodia o cuando la adoramos escondida en el Sagrario reavivamos nuestra fe, pensamos en la nueva vida que Cristo nos ha traído y nos comprometemos a llevar a otras personas a nuestra misma fe y a nuestro mismo amor: al Dios hecho Amor en la Eucaristía.

Dice el Concilio Vaticano II que *“la unidad de los fieles que constituyen un solo cuerpo en Cristo está representada y se realiza por el Sacramento del Pan eucarístico”* (LG 3). La unidad de todo el cuerpo de la Iglesia se realiza porque todos los cristianos recibimos el mismo Pan eucarístico, el mismo Espíritu Santo, la misma vida, la identificación con el mismo Cristo. Nuestra comunión no es meramente sociológica ni nace de un voluntarismo humano: es la Eucaristía la que hace a la Iglesia, y tanto es así que los bautizados, aún esparcidos por todo el mundo, tienen un mismo sentir y un mismo pensar. El cristiano, a través de la Eucaristía, adquiere una conciencia de pertenecer a la Iglesia, *de ser Iglesia*, que nada ni nadie le puede arrebatarse: *“Una espiritualidad verdaderamente eucarística es siempre una espiritualidad de la comunión”* (San Juan Pablo II, *Novo milenio ineunte* n. 43).

La Solemnidad del Corpus Christi es el Día de la caridad. Entre la Eucaristía y la caridad cristiana hay una unión indisoluble: en la Eucaristía Cristo se entrega al Padre y a todo hombre para que tengamos vida y la tengamos en abundancia (Cf. Jn10, 10). El lema de la campaña de Cáritas para este año es *Llamados a ser comunidad*; consideremos, pues, cómo la presencia sacramental de Jesucristo entre nosotros nos conduce a la mutua ayuda, a pensar en los demás, a estar pendientes de los que nos rodean, especialmente de los más necesitados. Para recibir de verdad el Cuerpo y la Sangre de Cristo hemos de reconocerle a Él en nuestros hermanos, los pobres: *“En verdad os digo que cada vez que lo hicisteis con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis”* (Mt 25, 40).

La Solemnidad de hoy nos habla del amor al prójimo que, además de un mandato, es una respuesta al amor de Dios a los hombres: *“¿Has gustado la Sangre del Señor y no reconoces a tu hermano?”*, se preguntaba San Juan Crisóstomo; *“deshonras esta mesa, no juzgando digno de compartir tu alimento al que ha sido juzgado digno de participar en esta mesa. Dios te ha liberado de todos los pecados y te ha invitado a ella. Y tú, aun así, no te has hecho más misericordioso”* (Homilía a I Co 27, 4). *“Dadles vosotros de comer”* (Mt 14, 16), dijo el Maestro; con esta expresión vemos que Jesús está en medio de la gente, atento a las necesidades de las personas, pero quiere que sean sus discípulos los que se encarguen de cuidar, proteger y ayudar a los más débiles y necesitados. Ése es el encargo que nos dejó a todos: ocuparnos de los demás.

Hoy, de modo especial, tenemos presente a Cáritas que, en nuestra Diócesis, se hace presente en muchas parroquias. ¡Cuántos ríos de solidaridad con los parados, los excluidos, los pobres! Solidaridad llevada a cabo por los voluntarios, los trabajadores, los cristianos que aportan su tiempo y su dinero para que las personas puedan salir de su situación de pobreza y recobrar su dignidad. Os invito a la generosidad con Cáritas en este día del Corpus.

El amor al prójimo es la consecuencia de contemplar la Eucaristía desde la visión profunda de la fe: todos constituimos en Cristo un solo Cuerpo, cuya vida procede de Cristo y nos hace uno, compartiendo todo lo nuestro. El otro no es una amenaza para mí sino alguien que me pertenece. Que sepamos compartir sus alegrías y sus sufrimientos para poder atender sus necesidades y ofrecerle una verdadera y profunda amistad.

✠ Abilio Martínez Varea
Obispo de Osma-Soria